

doce” corresponde al tiempo de la presencia del Amado, pero, visto el trasfondo, remite de manera sutil a la costumbre: existe una dinámica establecida, el amado siempre llega o está a esa hora.” (p. 189).

Es interesante lo que este libro muestra, rescatando que la producción intelectual de la Santa revela su grandeza espiritual y su amor a Dios. En este libro, las ideas se exponen de manera sencilla, pero con rigor científico. Lo cual, tal como lo señala la autora, puede ser una fuente de inspiración para otros estudios a futuro. Es recomendable su lectura no solo por el contenido científico, sino también porque este libro es rico en su diseño artístico. El libro contiene imágenes de oleos de la época, sobre todo anónimos de pintura cusqueña (preferente del S. XVII) y de relevantes pintores como Angelino Medoro.

Esta obra es valiosa y de lectura obligada no sólo para los interesados en la biografía de la Santa o estudiosos de su producción intelectual, sino para cualquier persona que busque llegar a la espiritualidad y que quiera conocer actos de amor puros como los fueron los de santa Rosa de Lima. No hay duda que la lectura del libro será muy provechosa, pues nos invita a un recorrido hermoso de la producción intelectual de Rosa de Santa María, y nos permite a su vez conocer su mundo religioso, sus influencias y sus espacios de vida de santidad.

Zhenia Djanira Aparicio Aldana

José Antonio DEL BUSTO DUTHURBURU, *Túpac Yupanqui el resplandeciente*. Tomo I. *El conquistador*. Tomo II. *El gobernante*. Prólogo de Jorge Rosales y Pavel Elías. Piura, Universidad de Piura, 2017, 437p. y 423 p.

La importancia de la obra de José Antonio del Busto para la historiografía del Perú resulta capital e incuestionable, y estudios suyos como los dedicados a Pizarro, al descubrimiento del Amazonas, su *Diccionario histórico biográfico de los conquistadores del Perú*, sus cronologías de incas y aztecas o su *José Gabriel Túpac Amaru antes de su rebelión* y sus reflexiones sobre las particularidades de la sociedad peruana en *El mestizaje del Perú*.¹ Más de treinta obras de este autor exploran el sustrato histórico del Perú prehispánico, así como el periodo en que se gesta el virreinato del Perú, en la conquista y en la colonia.

En este caso, Del Busto dejó inédita con su muerte una obra en dos tomos sobre uno de los incas más desconocidos hasta entonces: Túpac Yupanqui. Las referencias sobre esta figura eran demasiado escasas para alguien que había sucedido a Pachacútec y precedido a Huaina Cápac, dos de los incas sobre quienes

¹ Se publicó también en Piura, con prólogo de Luz González en la colección Algarrobo (Universidad de Piura, 1993).

más información habían sido capaces de recoger los cronistas. El protagonismo del Inca Túpac Yupanqui en el final de uno de los dramas más importantes en quechua, *Ollantay*, así como el recuerdo de su grandeza en las familias de la elite incaica tras la colonia, llevaban a pensar, sin embargo, en que su gobierno merecía una mayor atención por parte de los historiadores. Con la lectura del libro que nos ocupa la personalidad del Inca quedará trazada de manera profunda y minuciosa, a través del detalle de algunas costumbres de su gobierno, como la de exigir una determinada cantidad de piojos al año, como tributo al inca, lo cual mejoraba la salud de la comunidad, a las behetrías de la selva o la de recorrer toda la costa del actual Perú a su regreso de la gran travesía por el Pacífico buscando alguna riqueza que pusiera en valor a ojos de los demás en Cusco lo que él había hecho, llegando más lejos de lo que nadie había llegado hasta entonces. Las técnicas de enchape en oro que aprende en la costa peruana permitirían después el forrado del Coricancha en Cusco, y esas técnicas las descubrió en aquella búsqueda.

Criado, y aun gestado como un ser extraordinario, el relato de su vida se hace desde la admiración. La historia verdadera también puede hacer uso de recursos empleados con mayor frecuencia en las obras literarias, como las etopeyas, las semblanzas, las descripciones de lugares o de épocas, el relato de acontecimientos, los diálogos, imprimiendo en el relato una intensidad que atrape al lector y no lo suelte hasta terminada la lectura, como una buena novela. Mucho de esto hay en *Túpac Yupanqui, el Resplandeciente*. Este libro ofrece la imagen perfecta, -redonda, como una escultura, podríamos decir- de uno de los Incas más destacados, verdadero roturador de la extensión del Tahuantinsuyo, que supo expandir el conocimiento sobre la existencia de los incas mucho más allá de donde alcanzaran sus dominios, hacia occidente por el Pacífico, oriente por la selva, el norte hasta Quito y el sur hasta casi Tierra de fuego. El libro, en su primer tomo "I. El conquistador", recoge sus ocho expediciones, algunas como heredero al trono de Pachacútec, otras como Inca reinante.

En las primeras, llegará hasta Mangareva, en la actual Polinesia francesa, y pasará también por Rapa Nui o Isla de Pascua, como lo atestiguan los muros de hechura presumiblemente incaicos sobre cuyas piedras posó su mano cientos años después el propio historiador. El repaso que hace de los indicios no deja lugar a dudas, pues Túpac el Resplandeciente ha dejado huellas en la tradición oral polinesia, a través de las leyendas del rey Tupa, o de la princesa Úho, su marcha de su hogar en la Polinesia de la mano de un emperador de piel roja, cobriza, y su regreso años después, ya anciana, acompañada de un séquito de tortugas.

Luego vendrá la búsqueda de la verdad, en los oráculos de Pachacamac, la creación de templos y del Cápac Ñam, el camino inca, nervadura de un imperio. Vendrá también el viaje en busca de la Ticsicocha, morada del supremo hacedor, Ticsi Huiracocha Pachayachachic, en los confines del mundo, mucho más al sur del Maule y del Maulín chilenos.

En su segundo tomo, Del Busto nos alcanza noticias sobre la organización social, política, productiva, caminera y legal de tan vasto imperio; la forma en que supo vencer, –con o sin guerra de por medio–; el modo en que muchos pueblos desearon ser acogidos bajo su manto real, las estrategias del Inca para que todos los pueblos aportaran al crecimiento de la grandeza del Imperio. Todo ello, además de contar con el apoyo de los cronistas de antaño y los investigadores de hogaño, cuenta con la aguda mirada de un historiador apasionado que sabe contagiar su pasión, que demuestra que la vieja épica no ha muerto, que basta con tener un personaje que merezca la pena cantar como hace siglos, o contar y explicar hasta el detalle más asombroso como ha hecho el historiador en este gran libro.

En esta segunda parte además, se nos ofrece la etopeya del héroe, dándonos a saber sobre su mundo interior, su sicología y sus creencias, dando respuesta a los propios cuestionamientos que irán surgiendo en la cabeza del historiador: ¿Mayestático, Prudente, Cruel? Se hablará de las construcciones de Chinchero y Ollantaytambo, de sus mujeres y su progenie, de sus hermanos, de sus inquietudes religiosas, políticas y geográficas, de su muerte, del mallqui o ceremonial funerario en su honor y del hombre que fue. Túpac Yupanqui, sin duda, fue figura central de un Tahuantinsuyo que ya no existe; también lo será de un Perú que existirá más tarde y que, sin embargo, sin su presencia en la historia sería muy diferente, en forma y extensión.

Del Busto opina, juzga y traduce las reglas de funcionamiento del mundo incaico a nuestra realidad, por lo que en ocasiones parece disculpar la manera de gobernar de Túpac Yupanqui: “El Inca era un convencido de que a los pueblos a él sujetos los debía gobernar duramente. Luego iría aflojando el puño y los pueblos conocerían la palma de su mano. Pero esa mano se podía volver a cerrar y a convertirse nuevamente en puño” (II, 171). La oposición entre puño y palma expresa de manera transparente los dos polos en los que puede oscilar el gobierno de un inca: el puño agresivo que golpea y la mano abierta –la palma– que acaricia. “En realidad”, –concluirá–, “con mano abierta o cerrada, siempre hubo pena de muerte. Los súbditos en mucho funcionaron cumplidamente por temor a la pena capital. El Incario habría sido ingobernable sin la pena de muerte” (II, 172).

A la lista de méritos, el historiador incorpora, en el trazado de la personalidad de Túpac Yupanqui, el de haber sido capaz de lograrse un perfil mayestático: «más que ningún otro Inca, tuvo majestad propia, adquirida más que heredada. De su padre obtuvo el título de Inca y un Imperio incipiente, tambaleante y decadente, pero él, por su personal esfuerzo, se convirtió en monarca máximo de todos los reinos del antiguo Perú y, por añadidura, en el único Señor de las Cuatro Partes del Mundo» (227). En este caso, como en otros, el engrandecimiento de la figura de Túpac Yupanqui no es gratuito, sino que deriva del reconocimiento de los esfuerzos propios del Inca, que no se conformó con lo heredado.

Por otro lado, sí es capaz de distinguir la realidad histórica de la leyenda, como cuando en el capítulo XIII deslinda la realidad de la fundación de Chinchero, frente a la posibilidad de Ollantaytambo y de Machu Picchu y la irrealidad o falsa profecía del vaticinio sobre la llegada de los europeos, que después explicará, en la última nota del capítulo, “como un paralelismo forzado con lo acontecido a Moctezuma II el Joven, emperador de los aztecas, a raíz de la proximidad de Hernán Cortés” (II, 242).

Para Del Busto, la inquietud como característica principal y más destacada de la personalidad del Inca, queda reflejada en la inquietud geográfica, que le hizo superar los límites del mundo conocido por los Incas hasta ese momento, la inquietud religiosa, que le hizo acercarse al monoteísmo, centrando sus creencias en Con Ticsi Huiracocha, aunque reconociendo un interés político en el énfasis dado al culto a la figura del Sol, a quien se le levantaron templos y acllahuasis (II, 273). Del Busto relaciona su evolución religiosa con la propia evolución de un hombre en sus circunstancias. Pasará primero por la teomanía, cuando era un joven tratado como un dios, hasta el punto de casi llegar a creérselo de verdad, pero de adulto pasó a la teofilantropía y por último a la teogonía -intentando armonizar en su interior la existencia de un dios supremo junto al cual existirían también otros dioses menores-. Los esfuerzos de algunos cronistas por acercarlo al monoteísmo pueden conducir a distorsionar su figura, riesgo que comenta el propio historiador, descartando la semejanza entre Túpac Yupanqui y el emperador egipcio Akhenatón.

Se debe destacar la forma en que el autor interpreta muchos de los términos con los que los cronistas se refieren a Túpac Yupanqui, no solo teniendo en cuenta la evolución propiamente semántica de los términos que ellos emplean, sino también la ideología desde la cual se percibe al inca. De este modo, si Sarmiento, en el siglo XVI, dice del Inca que “fue franco, piadoso en la paz y cruel en la guerra y castigos, favorecedor de pobres, animoso y varón de mucha industria, edificador. Fue el mayor tirano de todos los Ingas”, Del Busto procederá a traducirlo al castellano de nuestros tiempos: “Franco” significa 'ejecutivo', “piadoso” es 'perdonador', “favorecedor de pobres” significa 'generoso con los siniestrados', “animoso” es 'valiente', “varón de mucha industria” equivale a 'inteligente', y “edificador” a 'constructor de grandes obras' (303). Pero Sarmiento también lo descubre tirano, que para Del Busto “tiene que ver con la mentalidad imperante en tiempo del virrey Francisco de Toledo: Túpac Inca era un gobernante que ejercía de monarca (uno) y de soberano (libre), y ello lo perfilaba ante el virrey hispano, opresor y autócrata, usurpador del poder a los naturales e imponedor de un orden contrario a la voluntad de estos” (II, 303).

La puesta en valor de Túpac Yupanqui se explica, entre otras cosas, a que él es, involuntariamente, quien diseña el mapa del actual Perú. Este logro se alcanza al haber anexado, reconquistado o conquistado las partes principales de lo que se corresponde con el Perú actual. De los veinticuatro departamentos que

hoy tiene el Perú, Túpac Yupanqui –como Hatun Auqui o como Inca– unió veintidós de ellos. De los otros dos, Ucayali y Loreto, aun sin haberlos conocido personalmente, tuvo noticia por sus soldados (véase II, 319).

La figura de Túpac Yupanqui aparece engrandecida cuando se compara con los incas precedentes y con quienes le siguieron: “Y es que el Imperio lo hizo él. Pachacútec quiso hacerlo, pero no pudo; Huaina Cápac lo recibió, más no lo supo transmitir. Túpac Yupanqui, en cambio, lo hizo y aumentó, lo robusteció y lo engrandeció” (II, 325). A tal fin, las últimas palabras del autor desvelan toda su admiración por él, que intenta contener demostrando, con citas de otros autores precedentes que no es tan solo una cuestión de “debilidad” o “preferencia” personal:

“Este fue Túpac Yupanqui, El Resplandeciente, conquistador y civilizador, emperador y estadista, Cusco Cápac, Sapa Inca, Señor de las Cuatro Partes del Mundo, cruzador cuatro veces de la línea equinoccial, seis del trópico de Capricornio y ocho del ecuador magnético, descubridor de Oceanía, explorador de la Amazonía, hallador de las fuentes del Río de la Plata, buscador de la Antártida y forjador del Perú” (II, 326).

La publicación de este libro ha precisado, además, de un gran trabajo de edición. Cada cita y cada nota –siempre al final de cada capítulo para facilitar la lectura general del texto principal–, demuestran un gran dominio del corpus en que Del Busto se ha basado para realizar su trabajo. En las notas, el autor establece un diálogo entre el Inca Garcilaso, Acosta, Guamán Poma de Ayala y otros muchos cronistas, y al mismo tiempo refiere en ocasiones conversaciones personales con autores vivos –sobre todo quechuistas–, como Cerrón Palomino, por ejemplo. De este modo, el texto principal se lee como un relato, como una novela casi, por el variado estilo narrativo de su autor, mientras que en las notas se entabla el debate. Al ponerlas al final de cada capítulo y no a pie de página, el libro ofrece diversas lecturas. Unos, preferirán la lectura del relato histórico; otros, la más académica, incluyendo las notas. Los eruditos podrán leer y releer esa parte y guiarse de los índices onomásticos y toponímicos. En todo caso, la disposición de los materiales favorece la multiplicidad de lecturas y de lectores, no cuenta tan solo con el profesor o el estudiante universitarios, tampoco solo con los investigadores, sino también con el estudiante de secundaria curioso, al preocupado profesor de colegio, y a quien disfruta, en definitiva, de leer por el mero placer de hacerlo cuando se tiene un buen libro entre las manos.

A tal efecto son de gran importancia también tres paratextos adicionales: los índices onomástico y toponímico, los mapas y las imágenes. Del Busto hace referencia a muchos lugares, con frecuencia empleando indistintamente su denominación antigua y la moderna. El índice toponímico ayuda a vislumbrar la cantidad de lugares recorridos por Túpac Yupanqui y sus ejércitos y por la memoria del historiador y también a resolver esa doble denominación en muchos casos. En cuanto al onomástico, con él se puede tener una idea de la mayor o

menor importancia de tal o cual autor como referente, de tal o cual personaje histórico en los acontecimientos referidos. Si en el primer tomo, dedicado a las ocho campañas del Inca, el índice toponímico es más amplio que el onomástico, la importancia se invertirá en el segundo tomo, en el cual no se refieren sus viajes sino su gobierno y el funcionamiento del tejido social en el incanato. Los índices serán de gran utilidad para trabajos de toponimia antigua y moderna, pero también para que los jóvenes investigadores puedan discriminar la prevalencia de unas fuentes respecto de otras en según qué temas.

Respecto a los mapas, el trabajo de la cartógrafa María Sofía Dunin Borowski ayuda a ordenar la ingente información sobre las ocho campañas marineras o militares de Túpac Yupanqui. Publicados como anexo interior en el primer tomo, con la ayuda de los mapas se pueden seguir las huellas del inca en su expansión de los límites del Tahuantinsuyo. Por último, las imágenes, retratos del Inca Túpac Yupanqui, así como las fotografías de los lugares que desarrolló con su presencia, enriquecen los interiores de ambos tomos. Las fotografías de los interiores de Pucamarca, el palacio de Túpac Yupanqui en el Cuzco, de los restos del Incawasi de Cañete, de Pumapungo o Puerta del Puma en Cuenca (Ecuador) ilustran la grandeza arquitectónica de un imperio que, con las piedras y el dominio de la técnica del sillar supo hablar sobre las hazañas de su Inca.

El autor, como tal, se va construyendo en cada uno de sus escritos y aunque Del Busto no sea muy consciente de ello sí podemos serlo sus lectores. Hay en él una tendencia a la épica, más que contenida o refrenada, refrendada por la multitud de citas y notas con las que adereza sus afirmaciones, rotundas siempre que pueden serlo, comedidas cuando es preciso. Hasta la profusión de citas y notas – 1687 si las cuentas no me fallan entre ambos tomos –, le dota a la escritura de este libro de un tono épico coherente con la perspectiva desde la cual Del Busto afrontó el acercamiento a una figura que, en su dimensión más viajera, ya conocía, desde la admiración. La épica, por lo tanto, no solo puede encontrarse en la epopeya antigua y clásica, sino también en la mirada engrandecedora de un historiador consciente de la dimensión de su objeto de estudio.

Pedro Dorado Sáinz

María Elvira ROCA BAREA, *Imperiofobia y leyenda negra: Roma, Rusia, Estados Unidos y el Imperio español*. 8^o Edición. Madrid: Siruela, 2017, 481 p.

La autora es doctora en filología clásica y licenciada en filología hispánica por la Universidad de Málaga, con una plaza titular de profesora de Instituto. Ha sido investigadora del Consejo Superior de Investigaciones Científicas de España y profesora de la Universidad de Harvard. Actualmente es docente en un Instituto. No es una neófita en la investigación. Ha investigado temas de filología